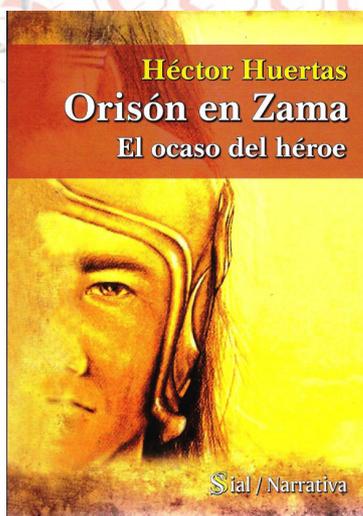


## Un médico entre los héroes iberos: *Orisón en Zama* de Héctor Huertas (Madrid, Sial Ediciones, 2012; Sial Narrativa)

Aldo Ruffinatto

Università degli Studi di Torino



Para hablar de esta segunda novela de Héctor Huertas<sup>1</sup>, más que en las competencias de un crítico literario, haría falta apoyarse en la sabiduría de un historiador (de historia antigua) y también en la experiencia de un arqueólogo. No casualmente, antes bien, muy acertadamente la parte prologal del primero de los dos *Orisón* (*Orisón de Oreto, el héroe ibero*)<sup>2</sup> fue encomendada a una experta (Eloísa García Verdejo) que reúne en sí profundos conocimientos arqueológicos y comprobada pericia histórica además de geográfica en tierras manchegas. Gracias a sus sugerentes palabras sabemos que la “fértil mente” de Héctor Huertas supo hacer germinar de algunas semillas históricas, fruto de

la investigación, un fabuloso mundo posible que nos ayuda a abrir una ventana al pasado y descubrir la parte más humana de la historia<sup>3</sup>.

Lo que puede comprobarse fácilmente también en esta segunda experiencia narrativa de Huertas (*Orisón en Zama, el ocaso de los héroes*), donde los acontecimientos históricos siempre bien documentados (a menudo con el auxilio de los más esmerados instrumentos filológicos en lo referente a nombres propios, topónimos, objetos de la vida cotidiana, etc.) se combinan con la ficción narrativa para crear un universo sumamente atractivo y cautivador. Un universo que comprende tres

<sup>1</sup> Héctor Huertas Camacho (Valdepeñas, Ciudad Real 1942) es Doctor en Medicina por la Universidad Complutense de Madrid. Su producción literaria es muy variada y comprende, además de la novela que reseñamos aquí, otras dos novelas publicadas en Sial Ediciones: *El húsar de la Mancha: Francisco Abad Chaleco* (retrato de un famoso [guerrillero](#) de la [Guerra de la Independencia Española](#)) y *Orisón de Oreto* (la primera parte de las hazañas de Orisón, héroe ibero). Huertas es también periodista y autor de obras dramáticas (*La divina tragicomedia*) y de poesía (*Onyr y otros poemas*).

<sup>2</sup> SIAL Ediciones, Madrid, 2010.

<sup>3</sup> Héctor Huertas, *Orisón de Oreto. El héroe ibero*, Prólogo de Eloísa García Verdejo, pp. 7-12



dimensiones: la de los oretanos (cuyas escasas referencias históricas encuentran una especie de compensación en la búsqueda apasionada de las raíces ancestrales llevada a cabo por el novelista); la de los cartagineses en la época de la segunda guerra púnica (218-201 a.C.); la de los romanos, en la misma época y con su mayor representante Escipión el Africano, comprometidos primeramente en la "reconquista" de España y en un segundo momento en el triunfo final de Zama.

En efecto, dibujan el telón de fondo de esta novela los tres espacios geográficos que corresponden a las tres dimensiones evidenciadas, es decir, España (la España de las tribus manchego-oretanas), Italia (cuando Escipión, después de las campañas de Hispania regresa a Roma para convertirse en candidato al consulado), África (teatro de la invasión romana y del triunfo final de Escipión en Zama). Dos de estos espacios (Italia y Africa) pretenden ser rigurosamente históricos, mientras que el primero, la España de los Oretanos, en sintonía con sus difuminadas huellas, aspira a ser preferentemente mítico. Lo demuestran, en mi opinión, los primeros capítulos de *Orisón en Zama* que contemplan la aparición de un bardo cuyo nombre (Balder) no deja lugar a dudas y cuya actuación en su papel específico de poeta ambulante que canta versos de la *Edda* poética (con todo su atavío de deidades femininas -las valquirias-, héroes que las valquirias acompañan al Walhalla, Odín, etc.) sirve principalmente para establecer un elemento de conexión entre las leyendas nórdicas y las celtíberas.

De ahí que este segundo *Orisón*, diferenciándose del primero que tenía todas las características de un poema épico (homérico en lo referente a las batallas, virgiliano en los aspectos humanos), se acerque más bien, por lo menos en su comienzo, al género literario denominado *saga* y adquiera coherentemente el aspecto de una epopeya familiar que puede extenderse a varias generaciones. Pero, si por un lado, la conexión entre la mitología nórdica y la celtíbera queda aquí sellada por la unión entre Balder y la oretana Similke, por otro, *Orisón* nos advierte que los dos mundos mantienen cada uno su especificidad, cuando, tras la muerte de Balder afirma: «Adiós para siempre, Balder, al lugar al que vas no podré ir yo jamás, pues cada hombre tiene su propio paraíso y el mío es de los oretanos».

Un paraíso, el oretano, que se está acercando a los modelos de la cultura latina, pues *Orisón* en esta novela no duda en ponerse al servicio de los romanos (mientras que en el primero actuaba como mercenario de los púnicos sin perder, claro está, su independencia y su característica de héroe ibero), y demuestra conformarse con los principios básicos que regían en aquel entonces la civilización y las ideologías del mundo romano.

A partir de este momento es lícito hablar de *Orisón* como de un héroe celtíbero tirando a romano que, paulatinamente, deja espacios de protagonismo a sus hijos (el natural, Ausa, y el adoptivo Culkas), al antihéroe por antonomasia de esta epopeya que se llama Cerdubelo (el ilturen o regulus de Cástulo), y, sobre, todo a Escipión. De hecho, tras una serie de aventuras bélicas (alternándose con episodios más propiamente domésticos) que ven implicados a Cerdubelo, a *Orisón*, a sus hijos



aliados con los dos Escipiones, padre y tío del Africano, tras todo esto hace su aparición en tierra hispana el joven Publio Cornelio Escipión y se apodera de la escena relegando a Orisón en la sombra ficcional y colocando a los demás en el papel de personajes secundarios.

Al héroe romano, efectivamente, están dedicados los capítulos centrales de la novela, donde actúa como brillante estrategia en la toma de Cartago Nova (actual Cartagena) aprovechando que los cartagineses estaban diseminados por toda la zona sudoriental de Hispania; y donde procede como capitán magnánimo y sumamente moderado al prohibir el saqueo de la ciudad y al respetar la vida de sus ciudadanos. Pero Huertas no se limita a ilustrar este aspecto de la figura de Escipión, aspecto por lo demás bien conocido, sino que logra transformar al romano en galán enamorado y examina en todos los detalles su relación con Kanine, la viuda de Hasdrubal Jano; una mujer mayor que él, pero dotada de una belleza principesca y cautivadora. Describe Huertas, con gran sabiduría, las distintas fases del enamoramiento, la unión de los dos en una "cálida y mágica noche de otoño de Cartago Nova", los demás encuentros entre una y otra empresa militar, la primera riña y la reacción ofendida de Escipión que se marcha sin despedirse de ella. Finalmente, la desesperación de la mujer y el firme propósito de poner término a su vida que confluye en una de las páginas más emotivas de toda la novela, cuando Kanine se acerca a la orilla del mar para desaparecer sumida en el eterno azul:

Cuando el sol aparecía por encima del horizonte, llegó Kanine a la orilla del mar. La luz del amanecer le tiñó de rosa las mejillas y el escote, y la brisa que traía la mañana ondulaba sus cabellos, jugándole las ondas con el aire. Hacía fresco, pero ella no lo acusó. Cuando pisó la playa, se descalzó, dejando las sandalias muy juntas sobre la arena, apuntando al mar, y se fue hacia las ondas marinas, dejando sus huellas impresas sobre el espejo azulado que le regalaba el Mediterráneo a la arena cuando volvía el agua a su lar. Al dejar la tierra firme y entrar en el agua, sintió frío en sus tobillos, pero siguió caminando. Cuanto más se alejaba de la orilla entrando en el agua, más lejos veía la imagen de Escipión, que parecía decirle adiós desde la orilla; cada vez más lejos, cada vez más desvaída la figura. Y cuanto más se alejaba aquella imagen, otra iba cobrando nitidez ante ella. Era la de su esposo, el hermoso Jano, que la esperaba allí donde batían las olas con más fuerza, como si se hallase de pie sobre la espuma.

—Allá voy, Jano, querido, perdona mis errores —iba pensando Kanine, con el agua cubriéndole el pecho, cuando una ola enorme que no se sabe de dónde salía, la cubrió por completo, sumiéndola en el azul. En el eterno azul. (p. 223)



Después de este triste acontecimiento, Escipión pierde en gran parte su protagonismo en favor de los otros héroes de la novela: en favor de Culkas, el hijo adoptivo de Orisón, que, empujado por las circunstancias, se pone al lado de los indígenas contra los romanos y, por consiguiente, contra su padre y su hermano Ausa (aliados de Escipión); y en favor, incluso, del traidor Cerdubelo a quien le corresponde un camino de expiación de sus muchos pecados en el papel de un mendigo obsesionado por los sentidos de culpa y deseoso de poner término a su vida para acabar con sus terribles sufrimientos, aunque en balde.

Seguidamente, al trasladarse la acción desde las tierras de Hispania a la mismísima Roma (acompañando la vuelta de Escipión a la ciudad eterna con sus legionarios y su primo Ausa), este último se convierte en personaje principal y a través de sus ojos podemos asistir al espectáculo fantástico que hubiera podido ofrecer el mundo romano en el segundo siglo a.C. Con Ausa entramos en el variopinto foro de Ostia, nos acomodamos en uno de los asientos de un retrete común (con todos sus servicios, incluyendo a un esclavo que con esponjas y paños no muy limpios procede a secar las posaderas de los usuarios), viajamos a Roma con una buena biga (a pesar del frío) y quedamos nosotros también con la boca abierta al ver el espectáculo del contorno urbano "ondulándose sobre el horizonte como un mar de casas orillando el Tíber que, a su izquierda, se hallaba atestado de embarcaciones de todo tipo".

En Roma, Ausa patea sus calles, acompañado primeramente por un centurión romano que desempeña el papel de cicerone y después, subido a una litera y revestido con una toga, y de camino hacia el Foro romano, contempla los montes y monumentos de la ciudad, asiste al desfile de la clientela de Escipión, y admira desde lo alto de una cuesta el espectáculo que ofrece la ciudad entera: «¡Contempla Roma - le dice Escipión- e inclínate ante tanta grandeza!».

Un breve paréntesis que introduce el autor para describir la muerte del traidor Cerdubelo, preludia la entrada de Ausa en la domus de Escipión donde recibe todo tipo de atención incluyendo a una joven esclava de los ojos verdes que se acerca a su cama "ondulando cadenciosamente caderas y cintura como las olas de un mar en calma". Pero también este amor, como el de Escipión por Kanine, acaba trágicamente pues los celos de un triste personaje, Lucio, el hermano de Publio, determinan el asesinato de la joven que ya llevaba en su vientre el fruto de su relación con Ausa.

Tras un intento fracasado del traidor Lucio que pretende achacar al mismo Ausas la culpa del crimen, las aventuras de los héroes se trasladan nuevamente al campo de batalla: al de los Grandes Campos cerca de Útica que culminó con la victoria romana y la expulsión de Syphax del trono de Numidia, y, finalmente, al enfrentamiento entre los ejércitos de Aníbal y Escipión en la Batalla de Zama, donde al lado de Escipión luchan victoriosamente Ausa y el recuperado Orisón.

Sin embargo, para ver a Orisón totalmente recuperado en su protagonismo hay que esperar el último capítulo de la novela, cuando el héroe oretano con su hijo Ausa regresa a su aldea después de la batalla de Zama y se reúne con toda su familia,



Culkas incluido. Allí Orisón siente acercarse la muerte y expresando sus últimas voluntades se encamina, con toda su gente, hacia Oreto o, mejor dicho, hacia las ruinas de Oreto en las que, sentado frente a una abertura del muro de la ciudadela por donde entran los rayos del sol invernal, dirige su mirada hacia el infinito: «Entonces (Culkas y Ausa) se inclinaron con respeto y le cerraron los ojos».

Me he limitado a indicar aquí las líneas principales de la segunda novela de Héctor Huertas en cuanto que no podía y no debía hacer más. "No podía" porque la tarea de describir todos los componentes de este imponente y admirable palacio, cuyos cimientos se hundan en la fantasía de un autor sobremanera ingenioso, se tilda fácilmente de titánica y de todas formas sobrepasa con creces las fronteras de una simple presentación. "No debía" porque el intento de abarcarlo todo en una síntesis descriptiva podría quitarle al lector el placer del descubrimiento y el encanto que supone navegar en un mar de gustosas e inteligentes invenciones como lo son las que habitan este deleitable y curioso espacio narrativo.

Tan solo quiero añadir que con la muerte del héroe ibero al final del último capítulo se cierra esta segunda novela o saga de los oretanos y, al parecer, todo el universo literario correspondiente. De hecho, como don Miguel de Cervantes nos enseñó hace siglos, la muerte acertada del héroe determina la desaparición definitiva del mundo posible que lo rodea. Sin embargo, *mutatis mutandis*, ¿estamos realmente seguros de que el mundo posible de los oretanos termina aquí?

Queda una guerra, la tercera guerra púnica, sobreviven Culkas y Ausa, los hijos de Orisón, la romanización de Hispania aún no ha llegado a su punto final, es decir que queda abundante material para un tercer ejercicio narrativo que, entre otras cosas, le proporcionaría a la saga de los oretanos el aspecto de una perfecta trilogía.

Apuesto que en un lugar de la Mancha, muy cerca del Cerro de las Cabezas, un brillante escritor, tal vez un médico, está llevando a cabo esta empresa. Y cuando tengamos la trilogía de los oretanos, también tendremos a un escritor completo, eufórico, hábil, informado, con temple de historiador y de arqueólogo, recreador de un mundo que tal vez nunca existió pero que cobra su vida merced a la fuerza creadora y vital de la palabra narrativa.